

Postales

La inteligencia artificial generativa puede ser nuestra ayudante o nuestra sustituta

MARÍA MAIZKURENA



Se acerca la Navidad y aquí estoy, pidiéndole a Image Creator que me haga postales navideñas. No voy a decir que las he hecho yo; las ha hecho una inteligencia artificial siguiendo mis instrucciones. El resultado es espectacular y, al tiempo, muy limitado. Hay quien le pide a una IA generativa que le haga textos, poemas y deberes de mates. Hay también un cierto riesgo de creer que lo que hace el programa lo hacemos nosotros mismos. Los seres humanos tenemos una gran habilidad para autoengañarnos y engañarnos unos a otros (conducta que debe presentar alguna ventaja evolutiva, pero que también tiene sus problemas). Es posible que un plagio llegue a creer que la obra que copia sea suya. Conozco un supuesto poeta que tomó un poema de otro autor (es tan fácil copiar y pegar desde la web), cambió unas cuantas palabras por otras empeorando notablemente el texto y lo publicó como suyo.

Llama la atención la falta de creatividad del plagio y su escaso amor por el acto creativo en sí. La experiencia renovada y placentera de búsqueda y expresión, de construcción y esfuerzo y hallazgo, el aprendizaje, el diálogo de la mente con el mundo y consigo misma que anima el acto creativo, todo eso no le importa: importa solo la creación del autor como beneficiario de un negocio y de un (menguante) prestigio, como personaje público y como marca. La gran expansión de las redes sociales ha facilitado la expansión de este trabajo de fabricación y difusión de autores. Su obra puede ser buena o mala, insignificante, anodina o irrelevante, eso es lo de menos. Las mismas redes han asentado el modelo del individuo como marca que debe dedicar más tiempo a su imagen que a su obra, más a su propia promoción que a su trabajo creativo. Al fin y al cabo, las empresas saben crear la demanda junto con el producto. Así, las redes se alimentan de millones de candidatos o pequeños autores empeñados en alcanzar ese «sueño» que alguien soñó por todos nosotros y luego nos legó como una herencia envenenada.

Internet vive del trabajo gratuito de las personas que compiten (todos contra todos) por llegar a ser eso que les dicen que pueden ser con solo desearlo y trabajar duro. Pero no hay suficiente éxito para tanto aspirante. 2023 ha sido el año de la inteligencia artificial generativa. Chat GPT salió al mundo a finales de 2022 y luego hemos visto un boom que se ha expandido por diferentes webs y plataformas. El alma plagiaría se alborozaba como los pastorcillos ante el portal de Belén y firma las postales que ha hecho un bot. Las IA generativas pueden ser nuestros ayudantes o nuestros sustitutos. Cuanto menos valor tenga la creatividad humana y más valor tenga el producto (no la obra), más cerca estaremos de lo segundo.

¿Quién mató a Carrero Blanco?

GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA

Historiador. Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo

A los 50 años del magnicidio, todavía hay quien difunde teorías conspirativas que han sido totalmente descartadas por la historiografía académica

El 20 de diciembre de 1973 la explosión de una potente bomba acabó con las vidas del presidente del Gobierno, Luis Carrero Blanco, de su chófer, José Luis Pérez Mogena, y de su escolta, Juan Antonio Bueno Fernández. ETA reivindicó el atentado, pero pronto surgieron las dudas. Junto a la actividad del FRAP y los GRAPO, así como a la masacre del 11-M, se trata de una de las acciones terroristas que más relatos fantásticos ha inspirado en nuestra historia reciente. Así, políticos, militares, periodistas, ensayistas, novelistas y cineastas han lanzado conjeturas sobre la participación en el magnicidio de la masonería, algún sector del régimen, el KGB, la CIA o varios de estos actores a la vez.

La teoría de la conspiración que más éxito ha tenido es la de que el Gobierno de Estados Unidos permitió o incluso estuvo detrás del atentado. Encaja tan bien con la imagen omnisciente y omnipotente que nos hemos formado sobre la CIA que, con el tiempo, la supuesta implicación de la agencia ha conseguido incrustarse en nuestra memoria colectiva. Se refleja en multitud de novelas, series televisivas y películas.

¿Qué indicios suelen esgrimir los defensores de dicha hipótesis? Uno es la cercanía de la Embajada de EE UU al lugar del crimen: sería imposible que la CIA no se hubiese dado cuenta de nada. Sin embargo, según Google Maps, entre las placas en recuerdo de las víctimas mortales y la legación hay 210 metros andando o 400 en automóvil. Como es comprensible, los agentes norteamericanos protegían su Embajada, no la seguridad de todo el barrio.

Otro argumento reside en el explosivo. Se ha dicho que el material utilizado fue C-4 de uso militar estadounidense, pero también que se trató de una mina o incluso que no sabemos cuál era su composición, ya que una mano oscura se en-



cargó de que jamás se realizase un análisis químico. No obstante, entre las más de 3.000 páginas de la causa judicial hay varios informes cuya conclusión fue unánime e inequívoca: ETA había utilizado detonadores eléctricos, mecha y goma 2E-C fabricados por la Unión Explosivos Río Tinto para uso civil. La Policía sabía perfectamente en qué polvorines los había robado.

El resto se desmonta con idéntica facilidad. En resumen, ni en las diligencias policiales, ni en los informes periciales, ni en el resto del sumario, ni en los boletines del Seced -los servicios secretos españoles de entonces-, ni en la documentación de la Segunda Sección Bis del Ejército se advierte el mínimo indicio de que ETA hubiese contado con la ayuda de agentes extranjeros o de la propia dictadura. Las teorías de la conspiración han sido rechazadas por todos los historiadores profesionales que han estudiado el caso, como Javier Tusell, Charles J. Powell, Antonio Rivera, David Mota y José Antonio Castellanos.

Como confesó el comisario José Sainz, «la sorpresa» fue total. Por un lado, la única amenaza terrorista activa en Madrid era la del FRAP, cuyos integrantes utilizaban armas blancas. ETA era un problema menor y localizado en el País Vasco. Por otro, el sistema de seguridad de las élites franquistas estaba anticuado y falló. Los servicios secretos y las Fuerzas de Orden Público adolecían de escasez de medios, hombres y profesionalización. Además, su prioridad era vigilar a la Iglesia, el movimiento estudiantil, los sindicatos clandestinos y el comunismo. De acuerdo con un boletín del Seced, «Madrid resultaba plaza excéntrica a la acción de ETA; la atención de las Fuerzas de Seguridad fue atraída hacia el Norte con la cadena de atentados últimamente allí realizados; el día 20 suponía mayores temores de agitación laboral y callejera que terrorista. Todo, en fin, contribuyó a multiplicar la sorpresa de la acción y el inicial escape de los autores».

Al asesinato de Carrero ha de aplicarse el principio de la navaja de Ockham: cuando hay varias explicaciones posibles a un fenómeno, la más simple suele ser la correcta. La única ayuda que ETA necesitó para aquella operación, más que suficiente, fue la red de apoyo local que había creado Eva Forest, la misma que posibilitaría la masacre de la cafetería Rolando en septiembre de 1974.

Aunque su propaganda lo presentó como una forma de impedir un franquismo sin Franco, ETA no perpetró el magnicidio por dicho motivo, sino que tenía sus propias razones. Una, el nombramiento de Carrero como presidente del Gobierno dificultaba su plan original de secuestrarlo. Otra, el puro oportunismo: la banda contaba con información, medios y voluntad para hacerlo. Y la última, el atentado respondía a la estrategia de acción-reacción-acción que guiaba a ETA: buscaba provocar la máxima represión posible por parte de la dictadura. Y lo consiguió.

Racismo orgulloso

ROSA PALO



El domingo, entre luces de Navidad y maletas en las que no cabía ni una sudadera más, hablábamos con el heredero acerca de a qué ciudad le gustaría irse a hacer un Erasmus. Mientras, Leul Alba, un chaval melillense de 20 años que estudia en la Universidad de Murcia, ya estaba haciendo el suyo en Lille (Francia). Lo que no sabíamos aún es que Leul había desaparecido el pasado viernes, ni que en el momento en que nosotros dejábamos a nuestro hijo en el andén

con los besos, los abrazos y las recomendaciones de rigor («abrigate bien», «no comas tantas porquerías», «estudia»), los padres de Leul, que le habrían hecho las mismas recomendaciones a su hijo, que le habrían dado los mismos besos y los mismos abrazos al despedirlo, viajaban hacia Lille muertos de miedo y de angustia. No imagino una pesadilla mayor.

Leul es negro. El dato no es baladí en este caso porque algunos que en estos días se llenan la boca de turrónes y de

deseos de paz y amor también se la han llenado de insultos racistas que han vomitado en Twitter. Y no es un racismo encubierto, ese que va seguido de un «pero», ese que practican los que jamás en la vida se considerarían racistas porque tienen una muchacha dominicana limpiando en casa, porque cruzan dos palabras con el mantero al que le compran bolsos falsos o porque se les saltan las lágrimas viendo «Matar a un ruiseñor». No, este racismo ni siquiera se intenta disimular; es un racismo salvaje, abiertamente orgulloso de serlo, destinado a infligir todavía más dolor, si cabe, a unos padres que viven la peor situación que se puede vivir. Afortunadamente, por cada desgraciado que ha insultado a Leul han salido cuatro personas decentes a plantar cara. Es el único consuelo.